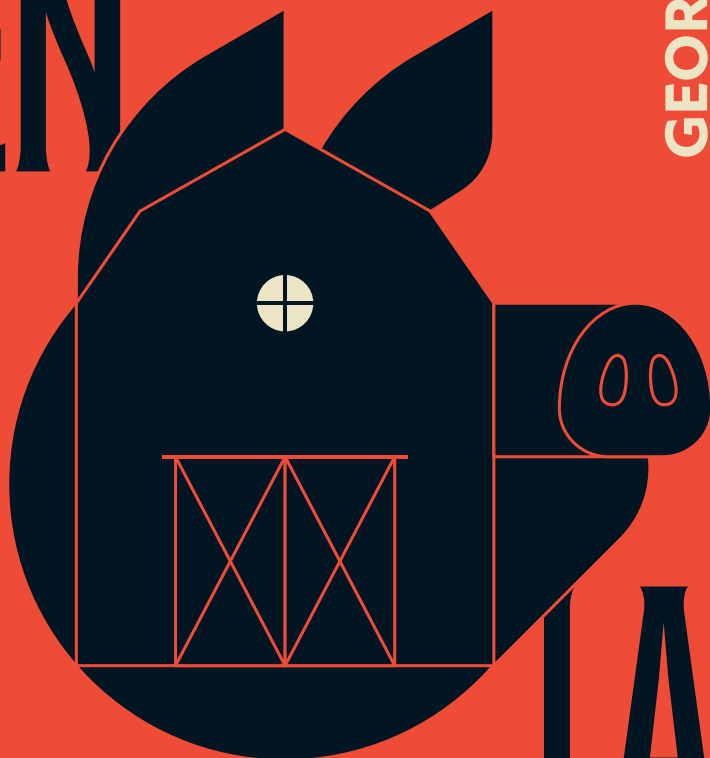


REBELIÓN EN

GEORGE ORWELL



PRÓLOGO DE JESÚS CARRASCO

LA GRANJA

DESTINO

Rebelión en la granja

George
Orwell

Prólogo de
Jesús Carrasco

Traducción de
Javier Calvo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1701

Título original: *Animal Farm*

En 1945, George Orwell publicó *Rebelión en la granja* en la editorial Secker & Warburg

© por la traducción del inglés, Javier Calvo, 2025

© por la traducción del texto «La libertad de prensa», Rafael Abella, 1973

© por el prólogo, Jesús Carrasco, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2025

ISBN: 978-84-233-6777-1

Depósito legal: B. 6.881-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

El señor Jones, de la Granja Solariega, había cerrado con llave los gallineros para irse a dormir, pero la borrachera había hecho que se olvidara de cerrar también las trampillas. Con el círculo de luz de su fanal danzando de un lado a otro, cruzó dando tumbos el patio, se quitó las botas en la puerta de atrás, se sirvió un último vaso de cerveza del barril de la trascocina y subió a la cama, donde la señora Jones ya estaba roncando.

Nada más apagarse la luz del dormitorio, hubo un revuelo por todos los edificios de la granja. Durante el día había corrido el rumor de que el Viejo Mayor, el verraco premiado de raza middle white, había tenido un sueño extraño la noche anterior y quería compartirlo con los demás animales. Se había convenido que todos se reunieran en el establo grande en cuanto el señor Jones se hubiera marchado y no supusiera una amenaza. El Viejo Mayor (al que siempre llamaban así, aun-

que el nombre con que se había exhibido era Galán de Willingdon) era tan respetado en la granja que todo el mundo estaba perfectamente dispuesto a perder una hora de sueño para escuchar lo que tenía que decir.

En un extremo del establo grande, sobre una especie de tarima elevada, el Mayor ya estaba instalado en su cama de paja, bajo un fanal colgado de una viga. Tenía doce años y en los últimos tiempos se había puesto bastante corpulento, pero seguía siendo un puerco majestuoso, de aspecto sabio y benévolo a pesar de que nunca le habían cortado los colmillos. Los demás animales no tardaron en llegar y acomodarse, cada cual a su manera. Primero los tres perros, Campanilla, Jessie y Chispa, y después los cerdos, que se aposentaron de inmediato en la paja de delante de la tarima. Las gallinas se posaron en las repisas de las ventanas, las palomas subieron revoloteando a las vigas, y las ovejas y las vacas se sentaron detrás de los cerdos y se pusieron a rumiar. Los dos caballos de tiro, Boxeador y Trébol, llegaron juntos, caminando muy despacio y pisando muy atentamente con los enormes cascos peludos, por si acaso había algún animalillo escondido en la paja. Trébol era una yegua corpulenta y maternal, que se acercaba a la mitad de su vida y que, después de parir a su cuarto potro, no había podido recuperar ya su esbelta figura. Boxeador era una bestia enorme, de

casi dieciocho manos de altura y tan fuerte como dos caballos normales juntos. La franja blanca que le bajaba por el hocico le hacía parecer un poco tonto, y de hecho no tenía una inteligencia de primera, pero su firmeza de carácter y su tremenda capacidad de trabajo le granjeaban el respeto de todos. Después de los caballos llegaron Muriel, la cabra blanca, y Benjamín, el burro. Benjamín era el animal de más edad de la granja y el que tenía el peor genio. No hablaba casi nunca y, cuando lo hacía, normalmente era para hacer algún comentario cínico; por ejemplo, decía que Dios le había dado cola para ahuyentar a las moscas, pero que él preferiría no tener cola y que no hubiera moscas. Era el único de los animales de la granja que no se reía nunca. Si le preguntabas por qué, te decía que no veía razón para reírse. Aun así, sin admitirlo abiertamente, sentía devoción por Boxeador; solían pasar juntos los domingos en el pequeño prado cercado que había al otro lado de los frutales, pastando el uno junto al otro y sin decir palabra.

Los dos caballos acababan de sentarse cuando entró desfilando en el establo una camada de polluelos de pato que habían perdido a su madre, piando débilmente y deambulando de un lado a otro en busca de algún sitio donde no los pisara nadie. Trébol formó una especie de muralla protectora con su enorme pata delantera y los polluelos se acurrucaron en el interior y no tardaron en

quedarse dormidos. En el último momento, Mollie, la guapa y boba yegua blanca que tiraba del carro del señor Jones, entró con pasitos afectados y masticando un terrón de azúcar. Ocupó un lugar cerca del frente y se puso a agitar la crin blanca con coquetería, deseosa de llamar la atención hacia las cintas rojas que la adornaban. La última en llegar fue la gata, que, como era su costumbre, miró alrededor en busca del lugar más cálido y por fin se acurrucó entre Boxeador y Trébol. Allí se quedó, ronroneando felizmente durante todo el discurso del Mayor, sin escuchar ni una palabra de lo que decía.

Por fin estuvieron presentes todos los animales salvo Moisés, el cuervo domesticado, que dormía en un posadero detrás de la puerta trasera. En cuanto el Mayor vio que se habían acomodado todos y que estaban esperando atentamente, carraspeó y se puso a hablar.

—Camaradas, ya os habrán hablado del extraño sueño que tuve anoche. Pero hablaré del sueño más tarde. Antes tengo que deciros otra cosa. Camaradas, no creo que vaya a estar muchos meses más con vosotros, y, antes de morir, creo que es mi obligación legaros la sabiduría que he adquirido. He disfrutado de una vida larga, he tenido mucho tiempo para pensar mientras yacía solo en mi pesebre, y creo que puedo decir que no hay animal vivo que entienda mejor que yo la naturaleza de

la vida en este mundo. Es de esto de lo que me gustaría hablaros.

»A ver, camaradas, ¿cuál es la naturaleza de esta vida nuestra? Afrontémoslo: nuestras vidas son tristes, laboriosas y cortas. Nacemos, nos dan la comida justa para que no dejemos de respirar y a quienes somos capaces de ello nos obligan a trabajar hasta agotar el último átomo de nuestras fuerzas. En el momento mismo en que dejamos de ser útiles, nos sacrifican con una crueldad espantosa. No hay animal en Inglaterra que conozca el significado de la felicidad ni del ocio después de cumplir el año de edad. No hay animal en Inglaterra que sea libre. La vida de un animal es sufrimiento y esclavitud: es la pura verdad.

»Pero ¿acaso esto forma parte del orden natural? ¿Acaso sucede que esta tierra nuestra es tan pobre que no puede dar una vida decente a quienes habitan en ella? ¡No, camaradas, mil veces no! El suelo de Inglaterra es fértil, su clima es amable y el país es capaz de proporcionar comida en abundancia a la cantidad enorme de animales que hoy en día lo habitan. Solo esta granja nuestra podría mantener a una docena de caballos, a veinte vacas y a cientos de ovejas, todos viviendo en unas condiciones de comodidad y dignidad que ahora mismo nos resultan inimaginables. Así pues, ¿por qué seguimos en estas circunstancias miserables? Pues porque casi todo el producto de nuestro trabajo

nos lo roban los humanos. Esa, camaradas, es la respuesta a todos nuestros problemas. Una sola palabra la resume: el hombre. El hombre es el único enemigo verdadero que tenemos. Si sacas de escena al hombre, estarás aboliendo para siempre la raíz del hambre y del exceso de trabajo.

»El hombre es la única criatura que consume sin producir. No da leche, no pone huevos, es demasiado débil para tirar del arado y demasiado lento para cazar conejos. Sin embargo, es el amo y señor de todos los animales. Nos obliga a trabajar, nos da el mínimo absoluto que nos impida morirnos de hambre y el resto se lo queda. Es nuestro trabajo el que ara la tierra, son nuestras bostas las que la fertilizan, pero ninguno de nosotros posee nada más que su pellejo. Vosotras, vacas, ¿cuántos miles de galones de leche habéis dado en este último año? ¿Y qué ha pasado con esa leche, que debería estar nutriendo a terneros bien fuertes? Pues que hasta la última gota ha bajado por las gargantas de nuestros enemigos. Y vosotras, gallinas, ¿cuántos huevos habéis puesto en el último año? ¿Y cuántos de esos huevos han dado polluelos? Los demás han acabado en el mercado para enriquecer a Jones y a sus hombres. Y tú, Trébol, ¿dónde están esos cuatro potros que pariste, y que deberían haber sido el apoyo y la felicidad de tus años de anciana? A todos los vendieron al cumplir un año, y no volverás a verlos nunca. Y, a cambio

de tus cuatro confinamientos y de todo tu trabajo en los campos, ¿qué has conseguido, más que unas raciones escuálidas y un pesebre?

»Y ni siquiera dejan que estas míseras vidas que llevamos toquen a su fin natural. No me quejo por mí, ya que soy uno de los afortunados. Tengo doce años y he engendrado a más de cuatrocientos hijos. Esa es la vida natural de un cerdo. Pero, al final, no hay animal que escape del cruel cuchillo. Vosotros, gorrinos jóvenes que estáis sentados delante de mí: en menos de un año, hasta el último de vosotros acabará sus días chillando en el matadero. A ese horror nos encaminamos todos: vacas, cerdos, gallinas, ovejas, todos. Ni siquiera los caballos o los perros tienen un destino mejor. Tú, Boxeador, el día mismo en que esos músculos tremendos tuyos pierdan su potencia, Jones te venderá al matarife, que te degollará y hervirá tus pedazos para dárselos a los sabuesos. Por lo que respecta a los perros, en cuanto envejecen y pierden los dientes, Jones les ata un ladrillo en torno al cuello y los ahoga en la acequia más cercana.

»Por tanto, ¿acaso no está más claro que el agua, camaradas, que todos los males de esta vida provienen de la tiranía de los humanos? Solo necesitamos deshacernos del hombre, y el producto de nuestro trabajo será nuestro. Casi de la noche a la mañana podremos ser ricos y libres. ¿Y qué debemos hacer para conseguirlo? ¡Pues trabajar día y

noche, en cuerpo y alma, hasta derrocar a la especie humana! Ese es mi mensaje para vosotros, camaradas: ¡Rebelión! No sé cuándo llegará esa Rebelión, puede que dentro de una semana o puede que dentro de cien años, pero sé que tarde o temprano se hará justicia; estoy tan seguro como de que veo esta paja bajo mis pies. ¡Poned en ello el punto de mira, camaradas, durante el poco tiempo que os queda de vida! Y, por encima de todo, transmitid este mensaje mío a quienes vengan después de vosotros, para que las generaciones futuras continúen con la lucha hasta la hora de la victoria.

»Y recordad, camaradas, que no os ha de fallar nunca la determinación. Ningún argumento os ha de hacer perder el rumbo. No escuchéis eso de que el hombre y los animales tienen intereses comunes, y que la prosperidad de uno es la prosperidad de los demás. Son todo mentiras. El hombre no sirve a los intereses de ninguna criatura que no sea él mismo. Y entre nosotros los animales tiene que haber una unidad y una camaradería perfectas en la lucha. Todos los hombres son nuestros enemigos. Todos los animales son nuestros camaradas.

En aquel momento hubo un alboroto tremendo. Mientras el Mayor hablaba, cuatro ratas de gran tamaño habían salido de sus agujeros y se habían sentado sobre los cuartos traseros para escucharlo. De pronto, los perros las vieron y las ratas salvaron la vida gracias únicamente a que echaron

a correr de vuelta a sus agujeros. El Mayor levantó una pazuña para pedir silencio.

—Camaradas —dijo—, he aquí una cuestión que necesitamos zanjar. Las criaturas salvajes, como las ratas y los conejos, ¿son amigas o enemigas nuestras? Sometámoslo a voto. Propongo esta pregunta a la asamblea: ¿son las ratas camaradas nuestras?

La votación se celebró de inmediato, y se acordó por una mayoría abrumadora que las ratas sí eran camaradas. Solo hubo cuatro disidentes, los tres perros y la gata, que luego se descubrió que había votado con ambos bandos. El Mayor siguió hablando.

—Tengo poco más que decir. Me limitaré a repetir: recordad siempre vuestro deber de enemistad hacia el hombre y todos sus hábitos. Todo lo que camine sobre dos piernas es nuestro enemigo. Todo lo que se mueva sobre cuatro patas, o con alas, es nuestro amigo. Y acordaos también de que, en la lucha contra el hombre, debemos evitar parecernos a él. Incluso cuando lo hayáis conquistado, no adoptéis sus vicios. Ningún animal debe vivir nunca en una casa, ni dormir en una cama, ni llevar ropa, ni beber alcohol, ni fumar tabaco, ni tocar dinero, ni comerciar. Todos los hábitos del hombre son malignos. Y, por encima de todo, ningún animal debe tiranizar nunca a los suyos. Débiles o fuertes, listos o simples, todos somos hermanos. Ningún animal debe matar jamás a ningún otro. Todos los animales somos iguales.

»Y ahora, camaradas, os hablaré del sueño que tuve anoche. No os lo puedo describir. Soñé con la tierra tal como será cuando haya desaparecido el hombre. Pero me recordó a algo que había olvidado hacía mucho tiempo. Muchos años atrás, cuando yo era un simple gorrino, mi madre y las otras cerdas solían cantar una canción de la que solo conocían la melodía y las tres primeras palabras. Descubrí aquella canción en mi niñez, pero hacía ya mucho que se me había borrado de la cabeza. Anoche, sin embargo, volvió a mí en mi sueño. Es más, también volvió a mí la letra entera; una letra que estoy seguro de que cantaban los animales hace mucho tiempo y que debe de llevar olvidada varias generaciones. Ahora os cantaré la canción, camaradas. Soy viejo y tengo la voz ronca, pero, cuando os haya enseñado la melodía, vosotros podréis cantarla mejor. Se titula *Bestias de Inglaterra*.

El Viejo Mayor carraspeó y se puso a cantar. Tal como había advertido, tenía la voz ronca, pero cantaba bastante bien y la tonada era conmovedora, algo a medio camino entre *Clementine* y *La cucaracha*. La letra decía así:

*Bestias de Inglaterra y de Irlanda también,
bestias de todos los terrenos y climas.
Atended a las nuevas que os traigo
del futuro y sus doradas cimas.*

*Tarde o temprano vendrá el día
de derrocar al tirano humano,
y los fértiles campos de Inglaterra
solo por bestias serán hollados.*

*Se nos irán los aros de los morros
y los arneses no nos uncirán,
se herrumbrarán bocados y espuelas,
el cruel látigo no restallará.*

*Más riquezas de las que la mente imagina:
trigo y cebada, heno y avena,
los tréboles, alubias y remolachas
cuando llegue ese día serán nuestras.*

*Brillarán los campos de Inglaterra
y más puras serán sus aguas,
soplarán más dulces sus brisas
cuando sean las cadenas arrancadas.*

*Por ese día hemos de trabajar todos,
aunque antes de su alba muramos;
vacas y caballos, ocas y pavos:
luchemos todos para liberarnos.*

*Bestias de Inglaterra y de Irlanda también,
bestias de todos los terrenos y climas.
Atended a las nuevas que os traigo
del futuro y sus doradas cimas.*

La canción provocó gran agitación entre los animales. Todavía no había llegado el Mayor al final y ya estaban cantándola por su cuenta. Incluso los más tontos pronto dominaron la melodía y unas cuantas frases, mientras que los listos, como por ejemplo los cerdos y los perros, solo tardaron unos minutos en memorizar toda la letra. Después de unos cuantos intentos preliminares, la granja entera arrancó a cantar *Bestias de Inglaterra* en un unísono tremendo. Las vacas la mugían, los perros la gañían, las ovejas la balaban, los caballos la relinchaban y los patos la graznaban. Tan encantados estaban todos con la canción que la cantaron cinco veces seguidas, y la habrían seguido cantando toda la noche de no haberse visto interrumpidos.

Por desgracia, el estruendo había despertado al señor Jones, que saltó de su cama convencido de que había un zorro en el patio. Agarró la escopeta que siempre tenía apoyada en un rincón de su dormitorio y disparó una descarga de perdigones del número 6 a la oscuridad. Los perdigones se incrustaron en la pared del establo y la reunión se dispersó a toda prisa. Los animales huyeron a sus lugares de dormir. Las aves se subieron a sus posaderos, los demás se acomodaron en la paja y la granja entera quedó dormida en un instante.